

EL CURSILLO DE CRISTIANDAD, UN ENCUENTRO CON UNO MISMO

Referencia: Cursillos de Cristiandad Boletín Nacional – octubre 2014. Presentado por Eduardo Bonnín durante las II Conversaciones de Cala Figuera en Mallorca, España, abril 2002.

Antes de comenzar, hay que hacer una advertencia previa. En el curso de esta ponencia se emplea la palabra *hombre* en sentido genérico, significa siempre hombre y mujer.

Plano Lógico

El Cursillo de Cristiandad tiene que empezar por un encuentro con uno mismo.

En el plano lógico, el encuentro con uno mismo, con su sí mismo, es una necesidad. El hombre es hombre porque sabe que es hombre. El hombre para ir siendo hombre en plenitud, tiene que ir descubriéndose como persona, o sea una capacidad de convicción, decisión y constancia.

La persona es el centro de la creación y de la historia. Todo hombre por el hecho de serlo, es persona. Lo que pasa es que a veces no ejerce de persona porque no sabe que lo es.

Antes, sobre todo en los pueblos, únicamente se consideraban personas el maestro, el boticario, el cura, el médico y el terrateniente más importante de la localidad. Sin embargo, el hombre, aunque a veces no se dé cuenta, es alguien, fuente individual y permanente de valores vivos, alguien singular, único, irreplicable, intransferible, vivo, consciente, dinámico, concreto, abierto a su propio valor y al de los demás, con percepción crítica para darse cuenta de sus éxitos, de sus fracasos y del valor que valora.

Alguien único, capaz de posibilidades únicas, con una estructura y un horizonte mental, un enfoque, una perspectiva y unas posibilidades que sólo él puede realizar plenamente y con sentido, a medida que, como persona consciente, va viviendo su vida, libre, pero responsablemente, porque tiene conciencia de sí mismo, de su vivir, de su responsabilidad, de su misión y de su grandeza.

Estas realidades interiorizadas, personalizadas, reflexionadas, rezadas y sobre todo vividas, conducen hacia una saludable auto-estima, que nos hace aptos para valorarnos sin jactancia y para valorar y comprender a los demás.

La persona es lo que más importa respetar, tener en cuenta y valorar. Nunca se puede juzgar a nadie desde fuera, porque el hombre es su intención, y la intención nunca podremos conocerla si la persona que la encarna y la sustenta no se nos abre, y nos la motiva y expresa, en la trayectoria viva de su dirección voluntaria y reflexiva.

Se ha dicho certeramente que la persona es un ser que se posee a sí mismo en la autoconciencia y libertad. Yo me atrevería a decir que puede con su esfuerzo y la ayuda de Dios — que siempre ayuda a quien se ayuda — llegar a poseerse a sí mismo en la autoconciencia y libertad, en una palabra que puede emplear su libertad consciente, para ser piloto de su persona.

Entonces necesitará saber qué orientación tomar, cerciorarse de dónde se encuentra la Verdad, para poder seguir siendo libre, porque una de las cosas más penosas y trágicas del mundo de hoy es que el hombre únicamente se siente feliz cuando no piensa, olvidándose de que el mayor don que Dios le ha dado es el de poder pensar.

Para ello tiene que profundizar en sí mismo, tiene que darse cuenta del milagro de su existencia y de que — hablo a cristianos — ha sido redimido por Jesucristo, que nos dice en el Evangelio que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos. Por tanto buscando en sí mismo este reino, hallará la Verdad que, al hacerlo libre, le situará en la perspectiva exacta para comprender muchas cosas.

Entonces, el pensar, ya no será algo que le entristezca, sino un motivo de alegría, porque la autoconciencia de vivir en gracia, dará a su vivir el talante cristiano auténtico, el que sabe a dónde va y con Quién va. De lo contrario se perderá en el laberinto de pensar ¿quién soy?, ¿quién creo que soy?, ¿qué creen los demás que soy?, ¿qué hago creer que soy?, olvidando que cada uno es lo que es a los ojos de Dios.

El cristiano es alguien que se sabe persona; se mueve en el clima de la fe y en su vida se deja iluminar por la luz que el Evangelio proyecta sobre las personas, los acontecimientos y las cosas. Hay que intentar ver el mundo desde la fe, hay que creer para ver, no esperar ver para creer. Aunque el impulso hacia la fe es siempre cosa de Dios, casi siempre se nos muestra de manera sutil, para no invadir el terreno de nuestra libertad. A veces nos cuesta comprender la cortesía de Dios, no pensamos que, si se nos hiciera presente, colapsaría nuestra libertad.

Plano Psicológico

El descubrimiento de ser persona conduce al autoconocimiento de ser dotado de ciertas cualidades que, con interés y esfuerzo, pueden convertirse en posibilidades a posibilitar.

El hombre posee unas facultades que por el hecho de vivir, y de vivir en plenitud, son una invitación constante a ejercitarlas: la inteligencia, la libertad y la voluntad.

La inteligencia es para pensar, reflexionar, razonar y poder adherirse a los valores que valen y que dan valor a los demás valores.

La libertad es una palabra que hoy está de moda, alguien ha dicho que es una palabra talismán. En cada época existen vocablos que, por diversas razones

socioculturales, se cargan de un prestigio tal, que se evaden a toda revisión crítica y son tomados como el suelo intelectual sobre el que se mueven confiados los hombres y los grupos sociales. También son hoy talismanes las palabras: cambio, progreso, etc.

Pero a lo que íbamos. La libertad está bien empleada cuando conduce a horizontes más amplios de libertad para poder seguir siendo libres. El hombre es libre de escoger entre multitud de opciones. Una de ellas puede ser la opción de echarse por la ventana, pero si lo hace, no le quedan después más que dos opciones: el cementerio o el hospital.

El hombre debe ejercitar la facultad de ser libre y no sentirse dependiente de lo que crea adicción. A veces puede también ser malo sentirse independiente, izar la bandera del pirata y vivir uno a su aire. Hacer lo que le da la gana, que cuando se hace por narices, no suele ser su real gana, sino la poco original gana de querer ser original.

Lo mejor es no ser dependientes ni independientes, sino estar pendientes de lo que se cree, de lo que se valora, de lo que se ama.

Plano Emocional

Sin amarse a uno mismo, es imposible amar a los demás. Si no somos fieles a nosotros mismos con una fidelidad rigurosa y patente, no podremos ser fieles a lo que hacemos, ni a quienes queremos. El que no se conoce es incapaz de ser amigo de otro, el que no quiere conocerse no es digno de tener amigos, el que se engaña engañará a los demás, el que oculta o falsea su personalidad defraudará tarde o temprano a quienes se le acerquen.

En la amistad hay que convivir cómodamente, los amigos han de garantizar esa comodidad, hay que abandonar las preocupaciones, las desconfianzas, tener la certeza de que nada de cuanto se diga va a ser utilizado en contra nuestra, reposar del ajeteo de fuera, del chismorreo de fuera de la curiosidad que hurga donde no debe. Junto a quien es mi amigo no quiero resultar brillante, ni ser mi personaje, sino ser yo mismo, quiero ser el amigo que aspira sólo a ser correspondido. Lo que se construye sobre la amistad verdadera suele permanecer siempre. Los amigos tienen una raíz común, como las ramas de un sólo árbol que, en último término, producen hojas y frutos semejantes. Por supuesto que caben diferencias, de opinión, de pasado, de actitud de aspiraciones, pero la amistad, llegado el caso, lo unificará todo, lo comprenderá todo; pero hasta que eso no se cumpla, la amistad es una vocación, no una realidad.

El contacto con los demás es el que nos define el perfil de nuestra personalidad. El hombre se encuentra siempre zarandeado por las circunstancias que le rodean por fuera y por los problemas que le acucian por dentro, pero en medio de unas y otras dificultades tiene que intentar ser sí mismo, ser el mismo. El hombre es un equilibrio de equilibrios equilibrándose, y tiene que equilibrarse, no por el equilibrio

del equilibrista, sino con el equilibrio que proyecta en cada caso y en cada situación, la luz del Evangelio de Cristo.

Ello le asegura una buena relación con los demás, facilitando la expresión y la comunicación, que son los medios que unen a los hombres y les hacen experimentar el gozo de compartir con los demás la aventura de vivir.

El hombre que sabe tener a raya sus impulsos y sabe dar un cauce adecuado a su orgullo, a su egoísmo y a su ambición, tratando con tesón de transformarlos, hasta que pueda darles el calificativo de santos (santo orgullo, santo egoísmo y santa ambición), se demostrará a sí mismo y podrán verlo todos los demás, que Cristo ha logrado hacer de él el hombre nuevo que puede ser fermento para fermentar muchas cosas en cristiano.

Plano Espiritual

Como cristianos que somos, no podemos olvidar nuestra identidad. Lo dejó muy claro el Concilio Vaticano II: todo cristiano está llamado a la santidad.

Por la vía de la costumbre y de la rutina, y sin culpa de nadie, se había llegado a creer que la Iglesia la integraban solamente los obispos, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas. Que el llamamiento a la santidad lo tenían en exclusiva tan sólo una determinada clase de cristianos. Que puntuaba más el estar encuadrado en alguna asociación o movimiento, que el hecho de estar bautizado. Que la conversión era un salto súbito del pecado a la gracia, olvidando que más que otra cosa, la conversión es una actitud siempre vigente, vigilante, dinámica y constante en la vida del cristiano consciente.

Por la gracia de Dios, queremos ser y sentirnos cristianos. Queremos ser y sentirnos Iglesia, no para mandar en ella, sino porque sólo a través de ella nos llega la energía espiritual de los sacramentos.

Sabemos que el «ser perfectos como nuestro Padre de los cielos», va para todos. Que el título más grande a que se puede aspirar, es el de bautizado.

Que al vivir en gracia consciente nos vamos convirtiendo cada día y en cada momento.

Lo que pretende el cursillo es que los cristianos aprendan a vivir estas verdades, evidenciándolas y encarnándolas en su vivir con fe viva y naturalidad humana, para que le estimulen el vivir y así pueda contagiar con ello alegría, porque el bautizado descubre, no tan sólo su función, sino también su misión, que al ir realizándola y contagiándola en su normal vivir, le va descubriendo el sentido de su vida y el gozo de vivirla a la luz de Dios, junto con los hermanos. Con nuestra fe, hemos de hacer pista al milagro, al mismo tiempo que hemos de intentar caer en la cuenta que, si pensamos de verdad y en profundidad, todo es milagro. El que salga el sol cada

mañana, el sobrevivir cada día a pesar de tantos peligros que nos acechan qué bueno es percibir todo esto, saber saborearlo, y sobre todo, saber agradecerlo a Dios.

Aunque Cristo diga «pedid y recibiréis», los cristianos, antes que pedir, deberíamos aprender a dar gracias a Dios por todo lo recibido. El agradecimiento y la actitud agradecida, es la postura más adecuada al cristiano consciente, que porque Cristo ha resucitado, se sabe redimido, con lo cual creyéndolo de verdad, se desvanecen las sombras que la culpa proyecta sobre su pasado, las nubes de sus dificultades presentes y sobre todo las incertidumbres y los fantasmas que se ciernen en el horizonte de su futuro. Si cada uno se preocupara de descubrir lo que hay en su interior y las posibilidades que puede posibilitar, no podría menos de alegrarse.

Más que por otra cosa, el mundo de hoy se encuentra desorientado precisamente porque el hombre vive abocado hacia su exterior, sin pensar ni explotar el tesoro que lleva dentro. Sin embargo, ante las personas que tienen fe, no puede por menos de sentirse atraído. La fe no es creer «precisamente por», si no creer «a pesar de».

Si fuéramos más sencillos, podríamos decir con Santa Teresa, «*Cuando menos veo, más creo*».

La sinceridad de los convencidos, que hablan desde el aplomo de su fe, no puede menos de llamar la atención, y hasta despertar cierta envidia en los demás, y ello porque ignoran que tal cosa está al alcance de todas las fortunas, y que lo que importa es poner los medios y no a medias, para que el Señor haga después lo demás.

Lo bueno, o lo más bueno, es que desde la fe, todo tiene sentido a la vez que todo cambia de sentido, de óptica, de enfoque, de visión, de perspectiva y de horizonte. No es lo mismo una visión meramente humana que una visión cristiana.

- El creer saber, se convierte en saber creer.
- Se da más importancia al ser que al hacer.
- Más importante que el cómo hacer las cosas, es saber por qué hacerlas.
- El mandato de que hay que amar a Dios, se convierte en la buena noticia de que Dios me ama.
- El policiaco Dios te ve, se transforma en el reconfortante saber que Dios me mira.
- Lo que da valor a la religiosidad es la fe con que se ejercita. Todo lo del diablo es abstracto, todo lo de Dios es concreto. Lo que mueve es la convicción, no el mandato.
- Más que la acción, lo que más personaliza es la reacción. Lo inmediato no nos eclipsa lo verdadero.
- Más difícil que perdonar es perdonarse.
- La persona es siempre más importante que el personaje. Mejor que el mimetismo, es la creatividad.
- Mejor que el precio, el aprecio.

- Mejor que el miedo, la confianza.
- La ilusión desplaza el aburrimiento.
- Ver lo de siempre, o ver con ojos nuevos las cosas de siempre.
- El cansancio de lo repetido o el encanto de lo cotidiano.

El placer siempre tiene principio y fin, el gozo dura siempre.

Sentirse satisfecho no es cristiano, lo cristiano es estar contento. Nuestra espiritualidad no puede ser una espiritualidad cerrada en sí misma, sino que por cristiana y por evangélica tiene que ser coherente con ambas cosas y por tanto permeable a las necesidades del prójimo. El proyecto de Jesús consiste esencialmente en luchar por la vida, la dignidad y el derecho de las personas. Sin esta preocupación e interés activo y efectivo por los demás, nuestra espiritualidad no sería auténtica, ya que la verdadera virtud consiste en algo más que en alcanzar la perfección del propio sujeto.

Los cristianos, cuando no somos como debemos, nos excusamos diciendo que nos entendemos con Dios, cuando somos incapaces de entendernos con las personas, solución además de fácil, engañosa y farisaica que malogra lo más vivo del mandamiento nuevo de Cristo.

El amor a Dios y el amor de Dios solamente se autentifican pasando por el prójimo, tanto de ida como de vuelta. Esta es la verdadera ruta para tener el buen gusto de ir consiguiendo sacarle gusto al vivir.

Si sabemos y creemos que Cristo es la solución, ¿por qué en lugar de estudiar, profundizar, afilar y afinar la aplicación de su mensaje a la realidad, nos dedicamos a lamentar las dolorosas consecuencias que se producen en el mundo precisamente por no aplicarlo?

Cada día al ver la TV, oír la radio o leer el periódico y enterarnos de lo que está pasando en el mundo: guerras, robos, asaltos, secuestros, etc. podríamos poner como comentario a cada triste noticia, las palabras que las hermanas de Lázaro dijeron al Maestro a su llegada a Betania, después del fallecimiento de su hermano: «Si hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto». El drama es que Cristo no está de manera consciente en la inteligencia ni en el corazón de los hombres y por eso pasa en el mundo lo que pasa y sucede lo que sucede.

Los cristianos más que lamentar lo que sucede, hemos de pensar en encarnar y proclamar el mensaje. El cursillo de cristiandad se mueve en el área y al nivel del QUÉ.

Hemos de saber y saborear que Cristo resucitado es una persona viva, viviente, cercana, amiga y que por nuestra vida de gracia consciente, nos vamos dando cuenta que:

- nos conoce,
- nos busca,
- nos quiere,
- nos ofrece su amor y su cercanía,
- quiere acompañarnos en nuestro vivir,
- con la luz de su palabra
- con el suave impulso de su humana ternura

Cuando nos abrimos a la fe y creemos, y sobre todo tratamos de vivir estas realidades, comprobamos, en vivo y en directo, que la esencia del Cursillo de Cristiandad, su núcleo más vivo, no tiene dimensión visible en el espacio, porque se mueve al nivel íntimo, profundo, personal y vital donde la impresión es tan evidente para uno mismo, para su sí mismo, que la interpretación ajena nunca puede expresarla con exactitud.

Tan sólo puede vislumbrarse o entreverse en aquello que dice:

«...el hálito de Dios que, cuando pasa, nos deja la nostalgia de la gloria» o lo que sentían los discípulos de Emaús, cuando Cristo les acompañaba en su camino o lo que «todos los sentidos suspendía» a San Juan de la Cruz.

Entonces se percibe el eco de lo cierto.

Y se tiene, frente a la vida, la serenidad que da la costumbre y el asombro que produce cada amanecer.